

EDITORIAL

— *Lucio Florio*

El número 10 de Quaerentibus. Teología y ciencias contiene varios artículos de índole científica, filosófica y teológica que se puede enhebrar en sus temáticas.

Comienza con un artículo cosmológico que da cuentas de los avances en el conocimiento del universo. Curiosamente, este se encuentra con un enigma, el de la materia y energía oscuras, que componen el 97 % del cosmos, y sobre las cuáles es difícil conjeturar su naturaleza. Además, la visión actual del cosmos se ha hecho sumamente compleja por la detección de fenómenos nuevos –la partícula de Higgs, la radiación de Hawking, la existencia de galaxias enanas, etc.- que configuran un enorme desafío para la astrofísica. Pero también componen un reto para el pensamiento meta-científico, es decir, el filosófico, y el religioso, que se vuelve a preguntar acerca del lugar humano en el cosmos, ahora visto como tan desmesuradamente gigante y complejo. Además, el universo aparece de un modo que prelude un futuro de colapso pero que, en el mientras tanto, se expande, haciendo más enigmática la presencia de vida en un rincón de su estructura y de su historia. La pregunta sobre el “puesto del

hombre en el cosmos” (Max Scheler) o sobre la identidad del ser humano en relación con Dios (“qué es el hombre para que así lo mires”, Salmo 8) se ven reformuladas en un contexto tan exageradamente enorme y sorprendente.

El segundo artículo se sitúa claramente en el marco de la espiritualidad y la religiosidad como datos sólidos en el desarrollo y plasmación de la vida humana. En particular, analiza el influjo espiritual y religioso en las decisiones. El tipo de análisis que se aplica pretende mostrar cómo estas dimensiones –una más amplia e indiferenciada, la espiritualidad; la religiosidad, por su parte, determinada por un sistema de creencias particular- impactan en la toma de decisiones éticas. La preocupación por la medición de los efectos ejemplifica un tipo de investigación científica sobre el hecho espiritual o religioso que manifiesta buenos resultados para observadores neutrales. El fenómeno religioso aparece como gravitando sobre el plano ético y –en algo que interesa al estudio- en las organizaciones humanas. Los instrumentos de medición resultan importantes en este modo de investigación.

Resulta valioso vincular el anterior artículo con el de F. Euvé que, de la mano de Teilhard de Chardin, relaciona investigación con mística religiosa. La espiritualidad es búsqueda, como lo es la investigación. En el proyecto de Teilhard de Chardin la fe y la ciencia se distinguen, aunque están profundamente relacionadas con esa pasión visceral de la inteligencia y la voluntad humanas por conocer y amar la realidad en su dimensión fenoménica pero también en su fuente.

Una contribución de carácter lógico y ético procura mostrar la fecundidad de la lógica modal en el campo de la Bioética. En particular, lo aplica al concepto de Dignidad Humana, tratando de encontrar bases lógicas capaces de vertebrar un diálogo que no recurra en forma directa a fundamentos metafísicos o religiosos de tal concepto. Resulta interesante comprobar la incidencia permanente de la lógica en el campo ético y religioso.

La figura de Mariano Artigas concita la atención de otra colaboración. En particular, ésta se focaliza sobre la filosofía de la física de este pensador que combinó ambas disciplinas y forjó un cuadro de pensamiento filosófico sobre las ciencias en general que abrió muchas perspectivas en el diálogo entre ciencia y religión. No sería justo omitir que Mariano Artigas animó varios de los encuentros de Ciencia y Religión, entre ellos el primero de los Congresos Latinoamericanos de Ciencia y Religión, realizado en la UPAEP, en Puebla,

en el año 2002. También fue protagonista importante de varios congresos de ESSSAT y Metanexus que promovieron el tema y lo instalaron en el mundo académico.

Finalmente, un artículo sobre la dramática cuestión de la biosfera cierra el número. La enormidad del universo se contraponen con el dato de la originalidad del planeta Tierra, el único donde hasta el momento se conoce que haya vida. Ese fenómeno tan raro está en riesgo por la mano de uno de los seres vivientes. Esta situación conlleva a la interacción decidida del pensamiento científico junto al filosófico y religioso. Un pensamiento integrado y fuerte parece ser imprescindible ante la situación de gravedad planetaria.

El macrocosmos abismal y nuestro vulnerable planeta con vida abren y cierran el número. Ambas focalizaciones proponen retos al pensamiento filosófico y teológico. En el interior, problemas entrecruzados por disciplinas y perspectivas que invitan a una lectura compleja (con una epistemología políglota, según la expresión de Pomposo citada en uno de los artículos): la interpretación filosófica del mundo físico, que supera al mismo método de la Física, para volver a pensar ontológicamente el fenómeno que ella estudia; la importancia de cuidar la lógica con la que se piensa e investiga; el valor de la espiritualidad para la ética pero también para la investigación —y viceversa!—